

Eric Storm

El nacionalismo español de los intelectuales
Costa, Unamuno y Ganivet en el fin de siglo

Pre-print de un artículo publicado en:

Rafael Sánchez Mantero ed., *En torno al 98. España en el tránsito del siglo XIX al XX* (Huelva: Universidad de Huelva Publicaciones 2000) vol. II, pp. 389-403.

EL NACIONALISMO ORGANICO DE COSTA, UNAMUNO, Y GANIVET

El nacionalismo no es un fenómeno constante, ni su contenido ha sido siempre igual. En Europa dominó, durante gran parte del siglo XIX un nacionalismo abierto e ilustrado. Hacia finales del siglo, no obstante, se produjo casi simultáneamente un cambio en todos los países europeos. La depresión económica de los años setenta y ochenta, y la rebaja en los precios agrícolas a causa de la llegada del trigo americano y ruso a los mercados europeos, ocasionó una ola de proteccionismo. A partir de los años ochenta muchos países europeos levantaron barreras para proteger la industria y agricultura nacionales. España se ajustó a la tónica general, elevando los derechos arancelarios en 1891. Con el imperialismo moderno, la política colonial de los grandes poderes también dió un giro nacionalista. Ya no trataron de abrir nuevos mercados para el comercio internacional, sino conquistaron nuevos territorios para su explotación exclusivista. El ideal ya no era la cooperación internacional y la paz universal, sino el adelanto de la propia nación.

Este recrudescimiento del nacionalismo también se produjo en los ambientes intelectuales, sin que queda claro si lo uno influye en lo otro o más bien al revés. Sin embargo, queda claro que intelectuales como Joaquín Costa, Angel Ganivet y Miguel de Unamuno propagaron un nacionalismo mucho más intenso que el de sus antecesores y maestros. No es que estos no se interesaban por los problemas de su patria, todo lo contrario, sino que su modo de enfocar el tema nacional era completamente distinto. Un buen ejemplo de esta actitud ofrece la obra del krausista Gumersindo de Azcárate. En gran cantidad de estudios analizaba la situación de España, pero siempre lo hacía partiendo de teorías generales e ideales abstractas. En *El self-government y la monarquía doctrinaria*, por ejemplo, da una descripción de la organización ideal de un régimen parlamentario, para desde ahí criticar la constitución de 1876. Esto iba a ser el esquema que volvía en casi todos sus escritos. Primero describe ampliamente la situación ideal, que es universalmente aplicable, para luego criticar las desviaciones de la norma general que se pueden constatar en España.¹

En el fondo, Francisco Pi y Margall, otro pensador republicano de primera fila, hacía lo mismo. En su libro *Las nacionalidades* dedica primero un apartado al desarrollo histórico de los diversos países europeos, para seguir con una larga exposición acerca del principio federativo. Sólo en la última parte describe como hay que aplicar los ideales federalistas al caso español. Además, para Pi, la federación española era sólo un paso hacia la final confederación de todas las naciones. También Emilio Castelar, el gran orador republicano, solía referir a la historia universal, a la situación internacional y al progreso de la humanidad, antes de analizar un problema concreto.² Los temas políticos preferidos de esta generación fueron el sufragio universal, la soberanía popular y los derechos del hombre. Costa - tanto como otros regeneracionistas y los escritores de la Generación del 98 - criticó duramente el carácter abstracto, universalista y retórico de las

¹Gumersindo de Azcárate, *El self-government y la monarquía doctrinaria* (Madrid 1877). Esta obra se publicó originalmente entre enero y marzo de 1876 en *La Revista de España*. Véase para otro ejemplo de su manera de trabajar: Gumersindo de Azcárate, *El régimen parlamentario en la práctica* (Madrid 1885).

²Francisco Pi y Margall, *Las nacionalidades* (1876; Madrid s.f.) y véase por ejemplo: Emilio Castelar, *La cuestión social y la paz armada en Europa* (Conferencia dada en el Círculo de la Unión Mercantil, el día 31 de mayo de 1890; Madrid 1890).

propuestas políticas de la generación anterior. En vez de atender los verdaderos intereses de la población y buscar soluciones a problemas concretos, disertaban sobre 'la soberanía política y las formas de gobierno' que ya no interesaban a nadie.³ Costa, Unamuno y Ganivet, por tanto, en reacción a la generación anterior, se dedicaban al estudio de la situación factual de su patria, buscando apoyo intelectual en nuevas corrientes intelectuales como el historicismo y las teorías evolutivas. Veían a la nación como un todo orgánico, que se tenía que estudiar en su desarrollo evolutivo.

El nacionalismo de Costa

Joaquín Costa dedicó toda su vida al progreso de la nación. Siendo joven, en el año 1867, había trabajado como albañil en el pabellón español de la Exposición Universal en París. Allí se dió cuenta del abismo que existía entre el campo de Aragón que conocía tan bien y una metrópoli moderna como París, entre la pobreza y el atraso en su región nativa y los adelantos de la ciencia que podía ver en la Exposición.⁴ Aquella experiencia debió de tener una influencia fundamental en el joven aragonés. Decidió ir a la universidad para estar mejor preparado para servir a su país. Casi desde el principio de su carrera universitaria se instaló en la corriente progresista, haciéndose amigos con los krausistas Francisco Giner de los Ríos y Gumersindo de Azcárate. Sin embargo, en contraste con sus amigos, no se dedicó a estudios teóricos y abstractos. Las teorías generales de aplicación universal apenas le interesaban. Objeto de sus investigaciones fueron predilectamente la situación agrícola de su país, el derecho consuetudinario, y la historia, la literatura, los mitos y las tradiciones nacionales. Todas las manifestaciones del espíritu del pueblo le fascinaban.

Costa quería la modernización, la 'europeización' de su país, siempre que se respetara la ideosincrasia nacional. Pruebas de su labor en favor del progreso nacional fueron sus actividades para mejorar la situación agrícola y sus iniciativas para fomentar una mayor actividad colonial de España en Africa. No podía ser que España, el país más vecino a Africa, no participase en la 'misión civilizadora' de las naciones europeas. Y en la misma época, los años ochenta del siglo XIX, empezó a abogar por una política hidráulica. Si la iniciativa privada no lograba construir las obras hidráulicas necesarias para mejorar la situación del campo, el Estado tenía que fomentarlas con subvenciones, y si eso no bastaba, realizarlas directamente por sí. Para el bien nacional era permitido apartarse temporalmente del dogma liberal de la no-intervención del Estado.⁵

El interés de Costa por el derecho consuetudinario no era algo excepcional, ya que en aquella época se debatía mucho el tema. España carecía todavía de un Código Civil y se discutía mucho si se debía respetar las tradiciones regionales o hacer un Código

3Véase por ejemplo: Joaquín Costa, "Agricultura de regadío (Discurso pronunciado en nombre y como presidente de la «Liga de Contribuyentes de Ribagorza», iniciadora de la constitución de la *Cámara Agrícola del Alto-Aragón*, Asamblea de agricultores en la plaza de toros de Barbastro, el 7 de septiembre de 1892)" en: Idem, *Política hidráulica* (Madrid 1911) 41. Véase también: Miguel de Unamuno, "El individualismo español", *La España Moderna* XV, 171 (marzo 1903) 35-49.

4Véase para datos biográficos: George J.G. Cheyne, *Joaquín Costa. El gran desconocido* (Barcelona 1972).

5Joaquín Costa, "Porvenir de la raza española (Conferencia pronunciada en la sesión inaugural del Congreso Español de Geografía Colonial y Mercantil el día 4 de noviembre de 1883)" en: Idem, *Reconstitución y europeización de España y otros escritos* (Madrid 1981) 39-83, y Joaquín Costa, "Misión social de los riegos en España" (1880) en: Idem, *Política hidráulica* (Madrid 1911) 1-36, esp. 33.

uniforme para todo el país. Como, aparte de España, Alemania era el único país de importancia que todavía no tenía un Código Civil los debates alemanes tuvieron una fuerte repercusión en el mundo jurídico español. Sobre todo la escuela histórica, que surgió con Savigny a principios del siglo XIX para preparar la labor codificadora en Alemania, tuvo una gran influencia. Costa en vez de inspirarse en Savigny, quien quería una versión purificada y sistematizada del derecho romano, se sentía más afín a la corriente 'germánica' dentro de la escuela histórica, cuyos representantes querían basarse en las tradiciones jurídicas de las diversas regiones. En vez de inventar una construcción ideal y universalmente aplicable, había que atenerse a los hechos concretos, al derecho consuetudinario existente.⁶ Esto no quiere decir que Costa era un conservador, al contrario, su defensa del derecho consuetudinario tenía un contenido democrático. Más que otra cosa lo consideraba como una expresión directa de la voluntad del pueblo. Afirmó que las tradiciones locales, más que un referéndum, son expresiones espontáneas de la colectividad, y que, por lo tanto, el derecho consuetudinario tenía que prevalecer sobre las leyes nacionales.⁷

A principios de los años noventa el pensamiento de Costa se radicalizó y creció su interés por cuestiones políticas. Se dió cuenta de que la economía capitalista no iba a favorecer a toda la población en igual medida, y que había que tomar medidas para fomentar el bienestar de toda la nación. Aunque nunca quiso un Estado omnipotente, empezó a abogar por un papel más activo del Estado en asuntos sociales y económicos. Reunió a los agricultores de su región nativa para pedir una política hidráulica, y señalaba la necesidad de una legislación social. Y después de haber abogado por la 'nacionalización del agua', en la introducción a su *Colectivismo agrario en España* también proponía 'nacionalizar la tierra'.⁸

El desastre de 1898 le afectó mucho, y decidió salir a la palestra, ya que a él le parecía que nada iba a cambiar. Con un mensaje se dirigió a todas las fuerzas productivas de la nación, luego convocó una Asamblea Nacional de Cámaras de Comercio, donde, como prueba del fuerte cargo nacionalista del pensamiento de Costa, fundó la Liga Nacional de Productores, que a principios de 1900 se fusionó con la Unión Nacional de Basilio Paraíso y Santiago Alba. La historia es conocida, tanto como el fracaso final. En

6Véase para la influencia de la escuela histórica en España: Juan José Gil Cremades, *El reformismo español. Krausismo, escuela histórica, neotomismo* (Barcelona 1969) 241-251; para la corriente 'germánica': Klaus Luig, "Die Theorie der Gestaltung eines nationalen Privatrechtssystems aus römisch-deutschem Rechtsstoff" en: Helmut Coing & Walter Wilhelm, eds., *Wissenschaft und Kodifikation des Privatrechts im 19. Jahrhundert* (Frankfurt am Main 1974) I, 217-249. Sobre todo las ideas de Otto von Gierke tienen muchos puntos en común con las de Costa. Véase para Gierke: Otto Gerhard Oexle, "Otto von Gierkes «Rechtsgeschichte der deutschen Genossenschaft». Ein Versuch wissenschaftsgeschichtlicher Rekapitulation" en: H. Hammerstein, ed., *Deutsche Geschichtswissenschaft um 1900* (Stuttgart 1988) 193-219.

7Joaquín Costa, *El problema de la ignorancia del derecho y sus relaciones con el status individual, el referéndum y la costumbre* (Barcelona 1901) 119-121 y 133-142. Ya al inicio de su carrera había afirmado algo semejante: Joaquín Costa, *La vida del derecho. (Ensayo sobre el derecho consuetudinario)* (1876; Madrid 1914) 241-247. Otros estudios suyos sobre el derecho consuetudinario son: *Derecho consuetudinario del Alto Aragón* (1880), *Teoría del hecho jurídico individual y social* (1880), *Colectivismo agrario en España* (1898) y *Derecho consuetudinario y economía popular de España* (1902).

8Joaquín Costa, *Colectivismo agrario en España. (Doctrinas y hechos)* (1898; Madrid 1915) 10, Costa, "Agricultura de regadío", 73 y para legislación social: Joaquín Costa, "Viriato y la cuestión social en España en el siglo II antes de Jesucristo" (Conferencia leída en el Ateneo de Madrid el 19 de noviembre de 1895) en: Idem, *Tutela de pueblos en la Historia* (Madrid 1911) 1-55.

el mensaje de noviembre de 1898 afirma que los políticos desde hace cuatro siglos no han tenido en cuenta las verdaderas fuerzas de la nación, y así arruinaron al país con su política ambiciosa. España, por lo tanto, seguía siendo 'una nación por constituir', y escribe:

Con un suelo semi-africano y una población medieval, no era posible constituir una nación moderna, por el tipo de las de la Europa central. Pero esto no lo vieron los fundadores de la nacionalidad, ni lo hemos visto todavía nosotros: no vieron ni hemos visto que España necesitaba una morfología especial, con instituciones a la medida, creadas por la espontaneidad social; que necesitaba un plan de vida o programa político propio, acomodado a su medio y a la estructura de su espíritu y de su cuerpo; y por no haberlo visto, hemos combatido o dejado perecer lo propio, en vez de sostenerlo o de reformarlo, y copiado mecánicamente las instituciones y los movimientos que observábamos en el extranjero, sin discernirlos ni adaptarlos.⁹

Por lo tanto, había que reconstituir la nación para que España fuese un país moderno. Había que estudiar bien el país, sus tradiciones, su historia, su geografía y sus habitantes, para luego reformarlo, hacerlo 'europeo'. No era por casualidad que puso el título 'Reconstitución y europeización de España' a su mensaje. Algunos años más tarde, después de haber fracasado casi todos sus proyectos y cuando se había refugiado en la Unión Republicana, formuló otra vez el fin de todos sus proyectos políticos. Había que dar luz al cerebro y sangre al corazón de la nación hasta que:

... la tribu que ahora y desde hace siglos acampa en la Península se haya convertida en una nación moderna, que lleve con Francia e Inglaterra, con Alemania y los Estados Unidos, la voz de la civilización y el cetro de la humanidad.¹⁰

El nacionalismo de Costa, por lo tanto, era un nacionalismo abierto, liberal. No quería cerrar el país por influencias de fuera, ni proteger las actividades económicas nacionales, ni conservar el pasado nacional, sino modernizar a España respetando la morfología física, la herencia histórica y las cualidades específicas de la población. Su meta era una nación moderna y civilizada con una personalidad propia en armonía con su naturaleza. Ahora se pone de manifiesto que Costa militaba en el campo progresista, pero que se distanciaba claramente de la generación anterior por su fuerte impronta historicista. Mientras sus antecesores querían aplicar las teorías generales acerca del progreso de la humanidad al caso español, se puede decir que Costa se preguntaba porqué esas teorías no funcionaban en España. Por lo tanto había que estudiar la situación específica de la patria, para saber qué exactamente fueron los obstáculos que impedían el progreso de la nación. En el fondo Costa se mostraba menos optimista, y se limitaba a estudiar la situación nacional. No obstante, el fin sigue siendo lo mismo: fomentar el bienestar de España, estimular el crecimiento orgánico de la nación.

Ahora también se comprende la creciente impaciencia y desesperación de Costa. Le parecía que nada se hacía, y que todos sus esfuerzos resultaron inútiles. No podía contentarse con parciales mejoras, o pequeños cambios, había que extirpar las causas de

⁹Joaquín Costa, "Reconstitución y europeización de España. Mensaje y programa de la Cámara agrícola del Alto Aragón" (13-XI-1898) en: Idem, *Reconstitución y europeización de España y otros escritos* (Madrid 1981) 1-39, esp. 8-9.

¹⁰Joaquín Costa, "En busca de hombres (Discurso pronunciado en el Frontón Central de Madrid, el día 12 de abril de 1903)" en: Idem, *Política quirúrgica* (Madrid 1914) 45-85, esp. 71.

la decadencia, había que quitar los obstáculos que impedían el progreso y hacer de España una nación moderna cuanto antes. Después del desastre decidió que ya no se podía esperar. Un nuevo partido, que representaba las verdaderas intereses de la nación, debía conquistar el poder. Cuando su intento de transformar la Liga Nacional en un partido fracasó, empezó a criticar la oligarquía y el caciquismo y como solución propuso el famoso 'cirujano de hierro'. En marzo de 1901 todavía prefería un régimen representativa con un papel central para el poder ejecutivo, algo así como el sistema presidencial en los Estados Unidos. Un año más tarde, cuando su encuesta sobre el caciquismo tampoco produjo el efecto esperado, abogó abiertamente por un régimen autoritario. Y en noviembre 1903, después de haberse distanciado también de los republicanos, dijo amargamente que los españoles tenían una cabeza de 'tercera clase' y que eso explicaba su incapacidad para la vida pública. Había que 'mudar de cabeza'. Dudaba de las cualidades mentales de sus paisanos, y esa duda traslucía también en el título de un libro en que trabajaba hacia el final de su vida: *¿Tiene España aptitudes para ser una nación moderna?*¹¹

Miguel de Unamuno

El concepto de la nación que manejó Unamuno era muy parecido al de Costa, al menos en los años antes del desastre. En aquellos años defendió un nacionalismo abierto y modernizador, que había que respetar el espíritu del pueblo. Unamuno buscó un fundamento teórico para su concepto de nación, y lo encontró en la filosofía evolutiva de Herbert Spencer. En tres artículos, que publicó a principios de 1894 en el *Eco de Bilbao*, explicó las ideas de Spencer acerca de la evolución humana. Esta se caracterizaba por una creciente diferenciación, por la cual 'va naciendo de la unidad homogénea una interna diversificación y tras ésta una integración de lo diferenciado.' En el plano económico la diversificación se realiza a través de la división del trabajo. Especializándose el hombre es cada vez más dependiente de los demás, y así se convierte de un 'salvaje independiente' en un hombre dependiente y civilizado. Y no hay que poner trabas a este proceso orgánico de la diferenciación. El libre cambio es un requisito imprescindible para que no sólo los individuos, sino también los pueblos y regiones se especializan según sus aptitudes topográficas, climatológicas y etnográficas.¹²

Según la teoría de Spencer, como lo exponía Unamuno, cada región y nación se especializa según sus propias cualidades, es decir que cada vez se acentúa más su propia personalidad. La creciente diversificación, no obstante, lleva también a una mayor integración de todas las naciones en la gran 'Patria humana'. O, como lo decía el catedrático salmantino en uno de los artículos:

11Respectivamente: Joaquín Costa, "O liga o partido" (dic. 1898) en: Idem, *Reconstitución y europeización de España* (Madrid 1912), Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España: urgencia y modo de cambiarla* (1901-1902; Madrid 1975) I, 93-95 y 231-234, Joaquín Costa, "¿A su juicio dónde está el porvenir y cuál debe ser la base del engrandecimiento de España?", *Alma Española*, I, 3 (22-XI-1903) y Joaquín Costa, "Muerte y resurrección de España. ¿Por qué ha caído?" in: Idem, *Reconstitución y europeización de España y otros escritos* (Madrid 1981) 335.

12Miguel de Unamuno, "Sobre la división del trabajo", *Eco de Bilbao*, (14-I, 4-II y 11-II-1894) en: Diego Núñez y Pedro Ribas, *Unamuno. Política y filosofía. Artículos recuperados (1886-1924)* (Madrid 1992) 39-44.

Cuando las naciones se necesitan para completarse y vivir en elevada asociación humana, universal, como dentro de un pueblo se necesitan sus miembros todos, nacerán la moral y el derecho internacionales y sobre la lucha por la vida que separa reinará la necesidad que une.¹³

Dos años más tarde lo explicó de nuevo, ahora en la revista anarquista *Ciencia social* que se publicaba en Barcelona. El apego a la pequeña región nativa no excluye el sentimiento cosmopolita, al contrario el 'patriotismo de campanario' se armonizará con el amor a la Humanidad. Y desde esta posición teórica criticó al movimiento catalán por defender un 'regionalismo retrógrado, proteccionista, del terruño' y al proteccionismo, a la 'patriotería burguesa', más atenta a dividir, excluir lo de fuera y proteger lo propio. Tanto el catalanismo y el nacionalismo proteccionista tenían un carácter fundamentalmente egoísta y eran, por lo tanto, un obstáculo al progreso de la humanidad.¹⁴

Unamuno, sin embargo, no seguía en todo a Spencer. Desde los primeros años de la década noventa empezó a ver en el capitalismo un obstáculo para la evolución orgánica de la sociedad. Y entre finales de 1894 y principios de 1897 Unamuno militó en las filas del PSOE, siendo el primer intelectual español de renombre que se adhirió al movimiento socialista, aunque sin ser un marxista dogmático como los principales líderes del partido. Los escritos de esta época demuestran que sus ideas acerca de la nación no cambiaron fundamentalmente, y que el esquema de Spencer estaba presente tanto en sus escritos en la prensa socialista,¹⁵ como en los ensayos de *En torno al casticismo* (1895) y la novela *Paz en la guerra* (1897).

En torno al casticismo es un claro ataque a los sectores conservadores, los cuales, basándose en lo castizo, subrayan lo diferencial y excluyente y defienden un 'proteccionismo inquisitorial'. Está claro que Unamuno quiere lo opuesto, abrirse hacia fuera, sin renegar lo propio. Como Costa quiere basarse en la historia nacional sin ser conservador. Y con este objetivo, para arrebatar la tradición a los tradicionalistas, desarrolló el concepto de la 'intrahistoria'. Frente a la superficie del mar, a los témpanos del pasado, la sombra vana del pasado en que se basan los tradicionalistas, lo 'intra-histórico' es el fondo del mar, la verdadera tradición, la vida silenciosa de los millones de hombres. Por lo tanto, para comprender el alma común hay que estudiar el 'carácter popular íntimo'. Pero al descubrir su propia personalidad el hombre también descubre lo humano, 'la humanidad en nosotros'. Y una personalidad fuerte no se constituye aislándose, sino abriéndose a las influencias de fuera:

¹³Unamuno, "Sobre la división del trabajo", 43.

¹⁴Miguel de Unamuno, "La crisis del patriotismo", *Ciencia social* (marzo 1896) en: Idem, *Obras completas* (Afrodisio Aguado, Madrid 1958; en adelante se citará esta edición) III, 451-461. Véase también: Miguel de Unamuno, "De patriotismo", *Las Noticias* (Barcelona 10-IX-1899) en: *O.c.* IV, 1066-1071.

¹⁵Véase por ejemplo: Miguel de Unamuno, "La lucha por la vida", *La lucha de clases* (Bilbao 10-II-1895) en: *O.c.* (Escelicer; Madrid 1971) IX, 487-489. Unamuno no era el único que daba una interpretación socialista del pensamiento de Spencer. Lo mismo hizo el criminólogo italiano Enrico Ferri en su libro *Socialismo e scienza positiva* (1894); véase: Rafael Pérez de la Dehesa, *Política y sociedad en el primer Unamuno* (Madrid 1966) 82. Se ha discutido mucho sobre el carácter del socialismo unamuniano. Me parece que Cerezo Galán, en su magnífico estudio, lo circumscribe muy bien como 'una lectura spenceriana de Hegel/Marx': Pedro Cerezo Galán, *Las máscaras de lo trágico. Filosofía y tragedia en Miguel de Unamuno* (Madrid 1996) 202.

... sólo abriendo las ventanas a vientos europeos, empapándonos en el ambiente continental, teniendo fe en que no perderemos nuestra personalidad al hacerlo, europeizándonos para hacer España y chapuzándonos en pueblo, regeneraremos esta estapa moral. Con el aire de fuera regenero *mi sangre*, no respirando el que exhalo.¹⁶

Que Unamuno desarrolló el concepto 'intrahistoria' por motivos polémicos lo demuestra el resto del libro. En vez de utilizar el nuevo concepto para desarrollar una nueva historiografía más científica, dió una interpretación crítica del pasado español, que se distinguía en muchos puntos de la de los conservadores. El ideal de Unamuno era la obra de Fray Luis de León, quien combinó la mística castellana con el humanismo cosmopolita del Renacimiento. Y en *Paz en la guerra* era Pachico, el alterego de Unamuno, que conocía tanto el campo intra-histórico del País Vasco como la filosofía europea de su época, quien personificó las ideas de Unamuno. El lema de Unamuno, 'tenemos que europeizarnos y chapuzarnos en pueblo', por lo tanto, no se distinguía de la 'reconstitución y europeización' de Costa.¹⁷

Como es conocido, a raíz de una fuerte crisis personal en la primavera de 1897, se produjo un cambio fundamental en el pensamiento de Unamuno. Perdió su visión optimista del progreso humano, y adoptó una posición vitalista. El progreso material le pareció ahora algo muy secundario. Frente al problema de la muerte todo lo demás resultaba inútil. Las páginas de su *Diario íntimo* dejan ver que perdió su creencia en la evolución armónica de la humanidad, en las posibilidades del hombre de conocer de modo absoluto el mundo a su alrededor y de la conexión entre racionalidad y moralidad. No obstante, Unamuno no podía vivir en un mundo aparentemente sin sentido. Intentó volver a la fe de su infancia, quería que existiese un Dios para garantizarle la inmortalidad. Luego en *La vida de don Quijote y Sancho* (1905) y *Del sentimiento trágico* (1912) trató de fundar el sentido de la existencia en el anhelo de sentido, en la ansia de Dios. Lo que importa es que ya no tenía una meta fija en una sociedad ideal, en una utopía más o menos bien definida, como la tenía Costa, sino que cada individuo tenía que construirse su propia utopía, dar sentido y, con esto, una dirección a su propia existencia.

Este giro vitalista y trágico influyó profundamente en el pensamiento político de Unamuno. No eran tanto sus ideas que cambiaban, sino la ubicación de lo político y su valor. Desde su crisis de 1897 consideró a lo social y lo político como subordinado a lo individual. Además la dirección de la vida y la identidad personal ya no fueron impuestas por un ideal utópico en el lejano horizonte, sino fueron construcciones individuales. Eso repercutía también en sus ideas acerca de la nación. En general, seguía defendiendo el nacionalismo abierto con los argumentos de siempre. Sin embargo, de vez en cuando, pasaba a defender un nacionalismo exaltado. Eso ocurrió por ejemplo cuando le irritó el europeísmo exagerado de muchos 'regeneracionistas', o alguna afirmación despectiva hacia España por parte de un extranjero. Puesto que a partir de 1897, su concepto de la nación ya no estaba estructurado por un ideal sobre-individual, sino dependía de una

16Miguel de Unamuno, "En torno al casticismo", *La España Moderna* 74-78 (febr.-junio 1895) en: *O.c.* III, 155-304, esp. 302; véase también: 184-196, 276-281 y 296-303.

17Unamuno, *En torno al casticismo*, 268-274 y Miguel de Unamuno, *Paz en la guerra* (1897; ed. Juan Pablo Fusi Aizpúrua, Madrid 1988) 75-82. Véase también: Jon Juaristi, *El linaje de Aitor. La invención de la tradición vasca* (Madrid 1987) 258-268.

decisión personal, a la hora de analizarlo hay que tener muy en cuenta contra quien se dirigió Unamuno en sus escritos.

Contra los movimientos vasco y catalán, por ejemplo, no cambió su postura y los criticó utilizando sus viejas ideas. Les incitó a desarrollar su propia personalidad sin aislarse. La obra diversificadora no impedía la integración. Había que abrirse hacia fuera y intentar de influir en los demás y en la política nacional. Y, en todo caso, defendió el castellano como lengua nacional. El vasco, en su opinión, estaba condenado a desaparecer y el catalán sólo servía para uso 'doméstico'.¹⁸ Unamuno también criticó al ejército, que por la Ley de Jurisdicciones quería controlar y monopolizar el sentimiento patriótico. Y escribía: 'El patriotismo español debe ser algo común a los españoles todos, algo de que todos ellos participen y cuya recta interpretación no pueda ser monopolio de una clase o de un cuerpo'.¹⁹

Por lo tanto, en general, Unamuno defendió un nacionalismo orgánico templado, abierto y liberal. El patriotismo debía ser algo de todos los españoles, donde cada uno, y cada región contribuía lo suyo, y que se compaginaba con una actitud abierta hacia afuera y que a todas horas podía ser discutido libremente. Con que, el suyo era un nacionalismo pluralístico y abierto, y criticaba a todos que querían imponer su interpretación a los demás. De ahí su crítica de la Ley de Jurisdicciones, de los tradicionalistas y también de los europeístas. En ensayos como 'La vida es sueño' (nov. 1898), 'Sobre la europeización. Arbitrariedades' (1906) y en libros como *Vida de don Quijote y Sancho* y *Del sentimiento trágico* exaltó lo español frente a los regeneracionistas y los que querían la europeización del país sin contar con su ideosincrasia. En estos escritos propuso don Quijote como símbolo nacional y decía que prefería los místicos españoles a cualquier autor o filósofo extranjero, e incluso defendió a San Ignacio de Loyola. Y cuando, después de la Semana Trágica, algunos intelectuales europeos protestaron contra la 'bárbara' política represiva del gobierno Maura, Unamuno se adherió a Azorín, quien en *ABC* había atacado duramente a esos intelectuales. Aunque Unamuno había criticado muchas veces la política del gobierno Maura, en aquel momento, importaba más su irritación por la arrogancia de esos extranjeros frente a su país que su oposición a los proyectos legislativos de Maura.²⁰

En vez de defender un ideal ideológico, Unamuno, después de su crisis, propagó una actitud tolerante, pluralista y abierta, tanto a nivel individual como colectivo. Como

18Véase por ejemplo sus: "Discurso en los Juegos Florales celebrados en Bilbao el día 26 de agosto de 1901", *Revista Contemporánea* XXVII (15-IX-1901) 341-359 en: *O.c.* VI, 326-344, "La cuestión del vascuence", *La Lectura* II, 3 (agosto y sept. 1902) 19-31 y 153-165 en: *O.c.* III, 551-582, "La crisis actual del patriotismo español", *Nuestro Tiempo* V, 66 (25-XII-1905) 471-485 en: *O.c.* III, 937-957, "Solidaridad española (Conferencia dada en el Teatro Novedades, de Barcelona, el 15 de octubre de 1906)", *La Publicidad* (16-X-1906) en: *O.c.* VII, 729-756, "Por la cultura. Las campañas catalanistas", *El Imparcial* (10-XI-1907) en: *O.c.* VI, 750-758, "Por el Estado a la cultura. Clasicismo del Estado y romanticismo de la región", *Faro* I, 5 (22-III-1908) 49-50, y "Su Majestad la Lengua Española", *Faro* I, 37 (1-XI-1908) 481-482 en: *O.c.* VI, 534-543.

19Miguel de Unamuno, "La patria y el ejército", *Nuestro Tiempo* VI, 67 (15-I-1906) 120-132, esp. 127 en: *O.c.* III, 975-992, y Miguel de Unamuno, "Conferencia en el Teatro de la Zarzuela", *El Imparcial* (26-II-1906) en: *O.c.* VII, 658-681.

20Azorín, "Colección de farsantes", *ABC* (12-IX-1909) y "De Unamuno", *ABC* (15-IX-1909). Véase también: Miguel de Unamuno, "La vida es sueño. Reflexiones sobre la regeneración de España", *La España Moderna* 119 (nov. 1898) 69-79 en: *O.c.* III, 407-418 y Miguel de Unamuno, "Sobre la europeización. Arbitrariedades", *La España Moderna* 216 (dic. 1906) 64-83 en: *O.c.* III, 1105-1127.

consecuencia, combatió los dogmas de todo signo, los exclusivismos y las soluciones unilaterales. Y abierto era también el nacionalismo orgánico que propagó. Únicamente abriéndose hacia fuera España podía desarrollar una personalidad fuerte. Sólo cuando reaccionó contra el exagerado europeísmo de algunos progresistas, defendió en un tono exaltado y polémico la herencia nacional. No era posible importar una nueva civilización desde fuera e implantarla en España como si fuera un terreno vírgen. Había que contar siempre con las peculiaridades nacionales.

Angel Ganivet

El nacionalismo orgánico, sin embargo, se prestaba también a una visión defensiva y aislacionista. Y esto lo demuestra la obra de Angel Ganivet. El escritor granadino compartió el interés por el 'espíritu del pueblo' con Costa y Unamuno. Y como Unamuno dejó atrás al positivismo para adoptar una posición vitalista. Es decir que perdió su creencia en el progreso humano; ninguna ideología política le convencía ya, y, por tanto, ningún ideal colectivo podía guiar, o disciplinar, su pensamiento. La crisis de identidad que sufrió después de la pérdida de un ideal utópico, fue quizá más honda que la de Unamuno. Y su inseguridad personal traslucía en su obra y en su visión nacionalista. La exuberante personalidad de don Miguel permitía una actitud abierta hacia el mundo, la inseguridad personal de Ganivet - al final de su vida incluso tuvo ataques paranoicas -, en cambio, confirió un tono muy defensivo, y casi agónico, a su nacionalismo. Sin embargo, para comprenderlo bien, hace falta reconstruir la génesis de su nacionalismo.

De las ideas que profesaba Angel Ganivet en su época estudiantil en Granada y Madrid sabemos casi nada. Sólo a partir de 1889 podemos seguir su evolución intelectual. Las dos tesis doctorales que presentó en aquel año dejan ver que conocía bien las últimas tendencias filosóficas y filológicas, y que sentía cierta afinidad con el historicismo y el positivismo. No obstante, en su primera tesis, *España filosófica contemporánea*, que fue rechazado por el krauso-positivista Nicolás Salmerón, ya se distanció del positivismo que entonces estaba muy en boga. La filosofía positivista, según Ganivet, carecía de una base metafísica y, por tanto, de una ética.²¹ Ganivet no creía en el supuesto básico de las filosofías racionalistas del siglo XIX: que el progreso de la ciencia y la creciente difusión de sus conocimientos llevaba a una sociedad más racional, y por lo tanto, más perfecta. Existía - como pensaban los representantes de esta corriente, entre los cuales figuraban también Costa, Azcárate, Pi y Margall y Castelar - un vínculo indisoluble entre lo verdadero y lo bueno, entre conocimientos racionales y una actitud ética. Las cartas que Ganivet escribió desde Amberes, donde entre 1892 y 1895 trabajaba como vice-consul, ponen de manifiesto que él ya no creía en la influencia benéfica de la ciencia. La ciencia y todo el afán para progresar, le parecía ahora algo vano, y se le presentaba en toda su desnudez como nada más que una aspiración miserable a incrementar la riqueza material, o la expresión de una voluntad de poder.²²

21 Angel Ganivet, *España filosófica contemporánea* (1889) en: Idem, *Obras completas* (Madrid 1961) II, 577-665, esp. 594-595 y 643-644. Véase también: Angel Ganivet, *Importancia de la lengua sanscrita y servicios que su estudio ha prestado a la ciencia del lenguaje en general y a la gramática comparada en particular* (1889) en: *O.c.* I, 865-941.

22 Ganivet, *Epistolario* en: *O.c.* II, por ejemplo 891-897, 962-968, 977-978, 981-984, 999, 1008-1012.

Esto contribuyó a su desesperación. En sus cartas dejó entrever que su pesimismo, su melancolía venía de la pérdida de un ideal utópico, y, por tanto, de la falta de un fin en su vida:

Dígame lo que se quiera, todo requiere un fin en el mundo, y el gran desencanto llega cuando en el fin más alto se descubre el vacío... Así, todo lo que el hombre crea tiene fines aparentes que se alejan como el horizonte visible; el horizonte está en los ojos y no en la realidad..²³

Lo único palpable que podía hacer el hombre, afirmó con amargura, era trabajar para la conservación de la especie. La elección era entre conformarse y casarse, o dedicarse a tomar el sol y pedir limosnas.

Su profunda desilusión se plasmó en una novela satírica, *La conquista del reino de Maya por el último conquistador español Pío Cid*, en la cual criticaba la civilización europea de su tiempo, la obra colonizadora en Africa, y la fe ingenua en el progreso. Parece que Pío Cid, el protagonista con rasgos autobiográficos del autor, formulaba lo que puede ser la conclusión del libro: `...los gobiernos no pueden refundir la naturaleza del hombre ni pueden establecer por medio de leyes la felicidad de sus súbditos.'²⁴ Pero Ganivet no sabía muy bien que hacer con una novela con un mensaje tan nihilístico y sólo la publicó en 1897, cuatro años después de haberla escrita. Por su identificación con el protagonista - en una carta habló de `mi gestión gubernamental' cuando se refería al gobierno de Pío Cid - existía una discordancia entre el propósito satírico y la simpatía con que describía a Pío Cid. En 1895 escribió dos capítulos más para acabar la obra. Y lo hacía en un tono bien distinto, comparando favorablemente la colonización española con la de otros pueblos.

El nacionalismo exaltado funciona aquí como un medio para salir de una crisis de identidad. Después de haber perdido su fe en el progreso, Ganivet no sabía que hacer con su vida. Sentía una vocación literaria, pero buscaba un ideal más allá de la belleza. El arte por el arte no le interesó nunca, necesitaba un fin más alto. En Amberes, donde durante su estancia también se celebró una Exposición Universal, había notado el atraso económico de su país nativo con respecto a Bélgica, que era uno de los países más industrializados de aquel tiempo. Se sentía inseguro como persona, y no quería admitir que un país que tanto le disgustaba como Bélgica fuese considerado superior a su propia patria. Entonces el nacionalismo exaltado le ofrecía la posibilidad de reforzar tanto su identidad personal como nacional. Así, en un sueño Hernán Cortés le aparece a Pío Cid en uno de los patios del Escorial y le consola, diciendo que su obra ha sido buena. Y, en un tono que a veces recuerda a Nietzsche, Cortés prosigue que más valen glorias sin provecho que provechos sin gloria, y que más importante que ganancias materiales son el esfuerzo y la lucha por un ideal nuevo. Y concluye diciendo que ya no quiere emprender nuevas conquistas:

porque creo que ha llegado la hora de que cese la eterna disputa, el viejo afán del efímero poder; pero no vacilaría en ponerme al frente de hordas amarillas o negras que por Oriente o por Mediodía, como invasores sin entrañas y proféticos verdugos, cayeran sobre los pueblos civilizados y los

²³Angel Ganivet, "Carta XXXI" (4-I-1895) en *Epistolario*, 1015. Véase para datos biográficos: Antonio Gallego Morell, *Angel Ganivet. El excéntrico del 98* (Granada 1965).

²⁴Angel Ganivet, *La conquista del reino de Maya por el último conquistador español Pío Cid* (1897) en: Idem, *Obras completas I*, 307-659, esp. 397.

destruyeran en grandes masas, por ver cómo, entre los vapores de tanta sangre vertida, brotaban las nuevas flores del ideal humano.²⁵

Así, no se puede decir que Ganivet fue un conservador. También en sus cartas abundan las denuncias virulentas de la sociedad existente. Hay que huir de ella, buscar la soledad, marcharse, o liarse la manta a la cabeza.²⁶ Cuando a principios de 1896 dejó Amberes para ir, ya como cónsul, a Helsingfors, parece que mejoró algo su estado de ánimo, y eso también se nota en los escritos que produjo durante sus dos años en Finlandia. Buen ejemplo de su nuevo tono, más ecuánime y afirmativa, son los ensayos que publicó bajo el título *Granada la Bella*. En estos artículos comentaba los planes para modernizar su ciudad natal. No había que imitar al extranjero construyendo una gran vía con casas de pisos, que no tenían en cuenta las condiciones geográficas, ni las costumbres locales. En *Cartas finlandesas*, que fue publicado como la mayoría de su obra ensayística en *El Defensor de Granada*, abogó con más ahínco por una actitud respetuosa frente a la personalidad propia. Ganivet afirmó que había que enlazar con el espíritu del pueblo y que cualquier intento de imponer un sistema abstracto, como por ejemplo el esquema federalista de Pi y Margall, sería contraproducente:

Porque en política *todo sistema es falso*, la realidad es demasiado grande y bella para que se deje aprisionar en un molde salido de la estrechez de un cerebro. Lo profundo en política es conocer el espíritu de cada nación y desembarazarle el camino para que avance con mayor seguridad; es trabajar como servidores y no empeñarse en ejercer de *amos de la situación*.²⁷

Ganivet criticó a la generación de los viejos republicanos con los mismos argumentos historicistas que Costa. No obstante, no participó en su ideal de hacer de España una nación próspera. No le parecía un fin muy admirable ser una nación moderna. En sus cartas puso el 'reposo chineco' y la 'indolencia árabe' por encima de la actividad mercantil de los países adelantados y la 'mecanización' de la mano de obra le horrorizaba.²⁸ El afán materialista le repugnaba a Ganivet, y, por consiguiente, describía a los españoles como en esencia 'espiritualistas', como no interesados en lo material, sino en las cosas del espíritu, convirtiendo así el atraso económico de su país en una ventaja. En *Granada la Bella* dice por ejemplo: 'No concebiremos jamás el negocio en serio, a la manera inglesa, y cuanto hagamos será transitorio, de aluvión. Nuestra fuerza está en nuestro ideal con nuestra pobreza, no en la riqueza sin ideales'.²⁹

Sus ideas sobre la nación se plasmaron sobre todo en *Idearium español*, que se publicó en 1897. Afirmó que los españoles padecían colectivamente una enfermedad, que llamó, con el psicólogo francés Théodule Ribot, 'abulia', 'la extinción o debilitación grave de la voluntad', y decía:

²⁵Ganivet, *La conquista*, 652.

²⁶Ganivet, *Epistolario*, 922-925, 947-950 y 1011-1012.

²⁷Angel Ganivet, *Cartas finlandesas* (1896-1898) en: *O.c.* I, 659-865, esp. 683, y Angel Ganivet, *Granada la Bella* (1896) en: *O.c.* I, 59-147, esp. 82-86 y 123-129.

²⁸Angel Ganivet, "Cartas de 19-II-1894 y de 9-VII-1894" en: Idem, *Epistolario* en: *Obras completas* (Madrid 1961) II, 968 y 977-978.

²⁹Angel Ganivet, *Granada la Bella* (1896) en: *O.c.*, I, 98.

Nuestra nación hace ya tiempo que está como distraído en medio del mundo. Nada le interesa, nada le mueve de ordinario; mas de repente, una idea fija, y, no pudiendo equilibrarse con otras, produce la impulsión arrebatada.³⁰

Para salir del estado abúlico había que conocer la propia personalidad y obrar en armonía con ella. El problema del país consistía exactamente en que nunca había conocido un 'período español puro'. Después de haber reconquistado el terreno a los árabes, por fin los españoles podían dedicar sus fuerzas a su propio país, cuando por 'un azar histórico', el descubrimiento de América, el espíritu nacional se salió otra vez del cauce que le estaba marcado. Ya que, según Ganivet, el 'espíritu territorial' que caracterizaba a los habitantes de una península como España era su independencia. Ya era hora de dedicar las fuerzas al desarrollo propio, y, en plena guerra de Cuba, abogó por la concentración de todas las energías dentro del país mismo para buscar un ideal que le es propio: '*Noli foras ire; in interiore Hispaniae habitat veritas*'.³¹

Otra característica de los españoles era su desprecio por lo material y su inclinación idealista, o incluso mística. Y, tanto como la pobreza material hacía posible una sociedad más humana, el idealismo español sería una base perfecta para adelantarse en otro aspecto a los demás países. Siendo el primer país europeo que había perdido sus colonias, España podía sustituir la posesión material por la acción espiritual. Bajo el liderazgo espiritual de España sería posible reunir fraternalmente a todos los pueblos hispánicos.³² Al final, no queda del todo claro si este es el ideal que podría hacer resurgir a la nación, y que podría despertarla de su estado abúlico, o que anhelaba algo más, que pensaba que el país tenía que reconcentrarse dentro de sus fronteras para buscar un ideal propio que podría dar un norte fijo a la nación entera.

Existe un marcado paralelo entre las soluciones que Ganivet propagó para la nación entera y los fines que se proponía para sí mismo. En uno de sus cartas se quejó, por ejemplo, de padecer de abulia, por faltarle un ideal. Y en su segunda novela, titulado *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*, propagó una vida independiente, siguiendo la propia naturaleza, ayudando a otros, despreciando las cosas materiales, y trabajando por el progreso espiritual. Y eso era también lo que intentó en su propia vida. No obstante, las dudas no le abandonaban. Ya en su novela se puso de manifiesto que estos fines no fueron más que sucedáneos por un ideal verdadero y absoluto. En el fondo no creía en nada. En la novela, Pío Cid se comparó a sí mismo con un árbol muerto que podía apoyar a una linda enredadera, que era una referencia a Consuelo, una muchacha que buscó su consejo. Ella contesta agudamente, retratando tanto a Pío Cid, como al propio Ganivet:

...cuando a usted se le ocurren estas ideas, debe tener en su alma un vacío inmenso que asusta... me parece ver en usted el hombre de menos fe que existe en el mundo; y si además de no tener fe, no tiene tampoco alegría de vivir, ni esperanza, ni ilusiones, ni ambición... Quizá la pena que usted

30Angel Ganivet, *Idearium español* (1897) en: *O.c.* I, 151-309, esp. 289. Véase también: Gayana Jurkevich, "Abulia, nineteenth century psychology and the generation of 1898", *Hispanic Review* 60 (1992) 181-195.

31Ganivet, *Idearium*, respectivamente 219-225, 175-186 y 276-277.

32Ibidem, 151-161, 190-194, 248-252 y 280-282. Véase también: Angel Ganivet en: Angel Ganivet y Miguel de Unamuno, *El porvenir de España* (1898) en: Miguel de Unamuno, *O.c.* IV, 953-1019.

tiene por vivir sin creencias le inspire el deseo de fortificarlas en los demás, de otro modo es usted incomprensible.³³

En su último libro, una obra teatral titulado *El escultor de su alma*, parece que todos los ideales al final resultan insuficientes. El protagonista, Pedro Mártir, había abandonado a su mujer y a su hija, para esculpir su propia existencia en plena libertad. Pero al volver después de muchos años se da cuenta que todo ha sido vano, que nada sobrevivirá a la muerte, y que la única obra de verdadera valor que había hecha era su propia hija. Y cuando muere su hija, exclama: 'Si vida y muerte son sueño.../Si todo en el mundo sueña.../¡Yo doy mi vida de hombre/ por soñar muerto en la piedra!'³⁴ Aunque seguramente existían otros motivos también, la desesperación, el fuerte anhelo de un ideal y de una seguridad metafísica ya inalcanzables, contribuyeron a su decisión de suicidarse en las aguas del Dwina, Riga, el día 29 de noviembre de 1898.

En esta obra fracasó el último ideal que se había hecho Ganivet. En vez de esculpir su propio alma, prefería convertirse en una piedra, en algo inmutable e inconsciente. El ansia de libertad de Pedro Mártir, de labrarse la propia personalidad sin dejarse influir por las convenciones sociales, que era claramente el ideal del propio Ganivet, era la versión individual de su ideal nacional: cerrar las fronteras y desarrollarse según la propia naturaleza. El nacionalismo orgánico ya no era un medio, como lo era para Costa, sino un fin. Para Costa la unidad nacional y la obligación moral de poner su vida al servicio de la patria tenían un fin clarísimo: el progreso del país, aumentar el bienestar material y espiritual de los españoles. Había que tener en cuenta las peculiaridades físicas y mentales del país para recuperar cuanto antes el terreno perdido y enlazar con el resto de Europa. Para Ganivet la nación era un fin en sí. Había que desarrollar la propia personalidad colectiva, ser si mismo, pero sin una clara tarea, sin una misión; más para reforzar la propia identidad, que para trabajar en el progreso de la humanidad. La única tarea que le queda al hombre es intentar ser sí misma, esculpir su propia vida.

Conclusión

Costa, Unamuno y Ganivet se apoyaban fuertemente en el historicismo, de origen alemán, y en el organicismo evolucionista. Según ellos había que contar con el espíritu del pueblo. Eso, dentro del campo progresista era algo nuevo. La mayoría de los liberales y republicanos tenían un concepto jacobino de la nación. Para ellos, en el fondo todas las naciones eran iguales y las medidas, leyes y teorías funcionaban de la misma manera en todos los países. Lo que, según ellos, podía ser diferente era la posición inicial, no el camino hacia un futuro mejor. Costa, Unamuno y Ganivet reaccionaron contra esta visión cosmopolitista y optimista. Para ellos era necesario estudiar primero las cualidades propias. Sólo respetando la ideocracia nacional el progreso sería duradero. No obstante, hay algunas diferencias marcadas.

Costa y el primer Unamuno querían combinar el estudio del 'espíritu nacional' con la 'europeización'. Querían que España fuese una nación moderna, adelantada con un

³³Angel Ganivet, *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid* (1898) en: *O.c.* II, 1-577, esp. 220-221; véase también 431-441, Ganivet, *Epistolario*, 811-813 y H. Ramsden, *Angel Ganivet's Idearium español. A critical study* (Manchester 1965) cap. V.

³⁴Angel Ganivet, *El escultor de su alma* (1898) en: *O.c.* II, 731-809, esp. 803.

buen nivel de bienestar. No obstante su fin última fue el viejo sueño liberal, una sociedad perfecta de ciudadanos libres y responsables, donde la justicia social y la cooperación internacional eran una realidad. Esta perspectiva la perdió Unamuno en 1897, y Ganivet ya lo había perdido algunos años antes. No obstante, no podían vivir en un mundo sin fin ulterior, sin un sueño utópico. Si la utopía no existía, habría que crearla personalmente, para si mismo y para la colectividad, ya que una vida sin dirección, sin norte les parecía imposible. Anhelaban una dirección fija, una norma absoluta y verdadera, pero no lo encontraron. Eso fue su tragedia. Todavía vivían en el mundo utópico del siglo XIX, pero ya no creían en ello.

Esto también influyó en sus ideas acerca de la nación. La nación era para Costa el marco donde tenía que realizarse un progreso orgánico, y la unidad nacional era necesario para trabajar, todos juntos, por el bienestar de todos los ciudadanos. Unamuno defendía un nacionalismo orgánico, abierto y liberal, muy parecido al de Costa. Después de su gira vitalista, tuvo que construirse un nuevo fundamento filosófico, sin que el contenido de su pensamiento político cambiase demasiado. Encontró una salida de su 'crisis nihilista', en un voluntarismo religioso primero, y luego en la filosofía trágica, proveniéndole de un apoyo vital. Ahora, la nación, tanto como el individuo, tenía la tarea de desarrollar su propia personalidad, la tarea primaria era dar un sentido a la propia existencia. Y aunque no se podía negar el peso del pasado, había que considerar a la vida como un proyecto que se desarrollase con la mirada puesta en lo porvenir.

Ganivet, quien no tenía la misma seguridad intelectual que Unamuno, no buscaba apoyo en la religión o en los sentimientos humanos, sino en el nacionalismo. La pertenencia a una nación podía reforzar su identidad personal. En un mundo sin sentido, el legado histórico nacional por lo menos daba una línea que venía del pasado y que podía servir para afrontar un futuro incierto y para tener por lo menos algún apoyo. Así nació, de la desasperación de Ganivet, un nacionalismo exaltado comparable con el de Maurice Barrés en Francia. Un nacionalismo que no reconocía un fin más alto que la nación misma, y que iba a tener una influencia enorme en el siglo XX.

Eric Storm
Universidad de Groningen
mayo 1998